



ESPACIOS

Cinco segmentos/ Geografías itinerantes
Fernando N. Winfield Reyes
Universidad Veracruzana, México

Para Enrique Murillo, también narrador de arquitecturas¹

*Y aquello me hizo adquirir la costumbre de vivir en un
segundo mundo cerrado al exterior y al que nadie
podía acceder...*

Orhan Pamuk: *Estambul. Ciudad y recuerdos* (2006, 33).

137

I. Oxford, bruma

Puedes soñar con autos cuyas luces se acercan en medio de la noche bruma. Puedes soñar y emerger de la noche sueño bruma, a una noche bruma que sigue allí, en ese pedazo de niebla que da continuidad a los paisajes de la mente imaginación y subconsciente. Despiertas, prendes la luz. La bruma queda entonces allá afuera. Los autos se detendrán en algún trayecto de la noche. Un taxi con las luces encendidas se detiene cerca. Alguien descenderá de la cabina con rapidez, en medio del relente, entre el sonido distante de un motor en marcha que espera.

No puedes ver bien ni saber de quién se trata. De todos modos, a pesar de la luz del taxi, a pesar de la relativa cercanía de los objetos y seres, por un momento fijos en la noche, no podrás ver detalle alguno. Ese camino que parece borrarse muchas veces.

Y es que la neblina es espesa. Es una bruma noche que está en el sueño lo mismo que en la vigilia, con su densa blancura que todo lo cubre y todo lo oculta, como un artificio. Es la niebla de la noche que transita y se instala en todos lados. Es una neblina que cala, húmeda y fría. Es la bruma de la noche, es la niebla del sueño, es la bruma fija de un día que se extenderá a lo largo de las horas sin más luz que el ocasional encuentro de taxis o solitarias cabinas telefónicas. Todo se ve blanco afuera. Todo de blanco se rodea en este paisaje insólito.

Puedes despertar de la noche del sueño bruma sólo para encontrarte, otra vez, en esa familiar sensación de la confusión de calles que se estrechan y de árboles y contornos casi imaginarios, casi espectrales de tanta niebla. Y es que la bruma parecer reproducirse, salir de ningún lugar y estar en todas partes. Como aquél día que abriste un armario y encontraste un hueco que venía desde fuera, suficiente para dejar la ropa durante días en una condición de isla...

¹ Arquitecto veracruzano nacido en Tlacotalpan, autor de muchas obras públicas y privadas en Xalapa, como la Central de Autobuses, el restaurante La Pérpola y la Secretaría de Finanzas del Estado.

Por eso, ante la práctica imposibilidad de faros que guíen la navegación de barcos en el oleaje cercano, de autos en las carreteras sinuosas, de aviones o aeroplanos que busquen como ciegas mariposas desde las alturas los puntos luminosos del terreno, se valora sobre todo un reloj, ese artefacto que ayuda a situarnos en la estructura de la cotidianidad, arquitectura mecánica cuyo movimiento rítmico permite trazar y suponer la extensión de las noches y la posibilidad de un día, basado en hábitos y en rituales. A pesar de la niebla.

Es el reloj, a final de cuentas, una construcción artificial, una manera de medir la cartografía de la noche o la bruma, lo que acaba por dar un sentido al tiempo y un tiempo que ordena el mundo, en medio de la neblina. Es este tiempo producto de una época que ahora nos parece lejana, un arcano móvil en otra bruma distante que es la historia, el que, a final de cuentas y a pesar de los abismos del pensamiento, marca los ritmos de la vida, señala los altos en el camino, organiza la existencia y la hace soportable, posibilita un mapa virtual para los actos y los rituales de las horas a pesar de que esta cartografía tenga acaso poco que ver con el territorio de la bruma.

Pocos instrumentos revelan mejor lo infalible. Pocos instrumentos de la razón revelan mejor la determinación de la emoción y la voluntad de batallar cada día, cada noche, cada sueño.

Miras el reloj. Ella camina y se acerca. Está aquí, una vez más. Ha llegado con la puntualidad de la muerte. Luce hermosa, húmeda de mar, vestida a propósito de la bruma. Sonríe en silencio, te abraza. El

taxi se ha ido. Es sólo un instante pero parece suficiente. Se abre la puerta. Suben por las escaleras minúsculas del pequeño e imposible departamento. Ella enciende la luz que desbarata la niebla. Se deshace de su abrigo, te abraza y te sonrío. Y es que hay una certeza que golpea con fuerza el nuestro interior.

A pesar de la bruma que todo lo evoca y confunde...

II. Estambul, instantáneas de una ciudad no imaginada

Odio. Nos movemos por las calles de una ciudad milenaria y mítica pero las maravillas parecen borrarse detrás de las voces de la gente. Comienza a hacer calor. Es una hora apretada de gentes por todas partes. Plaza Taksim. Taxis amarillos parecidos a un enjambre de gigantesos escarabajos se detienen en la zona de peatones que disponen de unos cuantos segundos para cruzar la avenida. Nos han estado insultando desde que salimos del hotel, con esa actitud altiva de quienes dominan al mundo y expresan su descontento de la manera más grosera y estúpida. Estamos en un congreso mundial y tal pareciera que ese sólo hecho justifica tanta violencia verbal. Simplemente parece que los miles de extranjeros que hemos llegado han desbordado el ánimo de los locales. La metrópoli se revela como un espacio provincial más.

Lluvia. Todo parece borrarse en esa borrasca de polvo y humedad. Debajo de los impermeables nos miramos. Hemos comenzado a cerrar nuestra memoria a una ciudad cuyos habitantes parecen haber sufrido mucho. Un sufrimiento que

no se sabe bien de dónde viene, a pesar de la belleza extraordinaria de la ciudad milenaria, pero que se transforma en cierto odio hacia nosotros, hacia el extranjero. Como si el odio de estos días se modifica en un sentimiento que expresa como una enorme frustración cuando nos escuchan dirigirnos a ellos en inglés o en español.

Silencio. A pesar de que visitamos las mezquitas en respetuoso silencio, la gente no para, la gente no calla, la gente se olvida de algo hermoso y grato que se llama el silencio, la contemplación, la plenitud del presente. Y a pesar de ello y de los fantasmas que pueblan lo inasible, está Santa Sofía, está la Mezquita Azul, el casi infinito laberinto llamado Gran Bazar. Son vacaciones y quizá la gente podría dejarse llevar un poco por la posibilidad del disfrute y el relajamiento. Pero el odio sigue allí, se multiplica por una razón que todavía desconocemos, en todas partes.

Los colores. Uno de los patrocinadores del congreso mundial, una marca de pinturas, ha lanzado en esos días una campaña para conocer, de propios y extraños, cuáles son los colores de Estambul. A la grisura del paisaje mágico de milenios se busca adaptar la velocidad del maquillaje arquitectónico y urbanístico.

A pesar de la existencia de nuevas fronteras físicas, espaciales, económicas y sociales que habrán de multiplicarse para tratar de dar curso a la maldad del mundo, invitándonos a unirnos a la confusión y al odio, habrá de prevalecer el sentido. Como las expresiones de esa arquitectura y esa ciudad que algún día imaginamos.

III. *Postcard* / Breve desde Chicago

Uno se asoma a la ventana del cuarto del hotel por la mañana de un domingo. Todavía el movimiento de la ciudad llega como un murmullo, como una dinámica silenciosa y cierta.

Sobre el azul claro del cielo se recortan altos bloques de arquitectura: torres de vivienda, de oficinas o negocios que se erigen con majestuosa solidez allí en su aparente simplicidad estacionaria sobre un sitio. Torres o mejor dicho, rascacielos que en sus distintas alturas y épocas constructivas pueden leerse como un desafío a la gravedad, como una promesa erigida en la lógica más radical a favor del capital inmobiliario y financiero, como un despliegue tecnológico en constante revolución, como el agregado de un paisaje artificial posible que da sentido a un modo de vida urbano: en suma, como la hermosa posibilidad, para muchos visionarios en el tiempo, de hacer ciudad a partir del avance de la técnica a favor de la alta concentración, de la densidad.

Pero las torres o rascacielos no serían posibles sin las vías que nutren este tejido inmenso, múltiple y complejo de suelo, concreto y acero .

IV. Kioto, como una mañana que se abre desde la neblina...

Nos vamos moviendo rápidamente hacia Kioto. Sensación extrema de tranquilidad, seguridad y confort.

Breve desayuno previamente empacado. El sistema de arribo a la estación

de salidas funciona como una gigantesca zona de interconexión de metro, trenes y taxis (autos también).

Alguien transita en esta serena arena tecnológica con un carrito de venta de productos.

Sonidos cuidadosos en el sistema estereofónico. Una voz femenina suave da mensajes en japonés. Después repite lo mismo en un inglés muy cortés. Se indica la salida en las puertas de la izquierda.

Tras pasamos las fronteras interiores de urbanizaciones y campos de producción agrícola e industrial.

El asombro se ha convertido en algo progresivamente cotidiano en estos días.

Las máquinas descienden con tranquilidad su fuerza y parece que aterrizamos con la suavidad con que una madre mecánica deposita a su bebé en una cama mullida.

Hemos dejado atrás Tokio.

Los minutos corren con una suave, paradójica sensación: por un lado, la conciencia de la rapidez; pero por otro, la percepción modificada de que el tiempo ya no nos corre, si no se tiene prisa, y una serenidad nueva invade la luz y los instantes.

Llegamos a una breve parada en Odera. El mapa geográfico de la red de trenes indica la cercanía al Monte Fuji.

Las suaves maneras de los japoneses y su cultura se reflejan también en los interiores del *Shinkansen*.¹ Es sorprendente que incluso se pueda escribir... Breve título. Borro algo en estas líneas. La hoja de información con el mapa de Japón como una silueta leve pero no por ello menos definitiva ilustra con claridad la columna múltiple de rutas que interconectan las

islas, sus territorios y comarcas, sus secretos y asombros. Una red asombrosa y racional. En ella, nos vemos como puntos diminutos en movimiento a lo largo de la Línea Azul de la JR West.

El *Shinkansen* emite desde sus equipos ocultos de sonido algo parecido a ondas que conectan a la imaginaria de la ciencia ficción, pero en el presente. *El futuro es hoy*. Como cuando siendo niño uno jugaba a *Ultra-Seven*.²

Reparo en la risa de unos niños que juegan algunos asientos más adelante. Viajar como acaso una de las experiencias más trascendentes de la vida. La vida como un viaje interior. La escritura itinerante en la geografía como un reflejo enriquecido de todo ello.

Zonas industriales difunden desde altas torres de metal nubes densas y rápidas de un blanco intenso. Extensas zonas de urbanización que parecen viajar un poco por abajo del nivel en el que nos movemos, en sentido inverso.

Un día escasamente nublado, luminoso apenas, acaso también con alguna reminiscencia de lo eterno.

El aire, renovado y purificado constantemente dentro de los compartimientos a toda velocidad. Torres de edificios de vivienda multifamiliar a escalas y densidades en áreas que integra la red ferroviaria en dimensiones que nunca había visto. Luego montañas cercanas, ilusoriamente verdes, de un verde opaco y oscuro como alfombra natural deslavada que cierra el marco de un entorno urbano.

El reino de la belleza puede estar aquí.

Hay una niebla suave y ligera, algo difusa, mientras el tren ocupa sus minutos

1 Tren de alta velocidad.

2 Programa televisivo japonés de acción que se transmitía en México en la primera mitad de los años 1970.



en consumir kilómetros. Una mano gigantesca e invisible nos aproxima a Kioto.

V. Líneas azules

Subió hasta el piso 187 sin gran dificultad, a más de quinientos metros de altura desde el ingreso en las líneas azules que marcaban el final del subterráneo del transporte público. Acaso por la hora era que la gran mayoría dormitaba aún.

A pesar de la rapidez del traslado que hacía en el último trayecto de su jornada, en ese movimiento preciso de la cabina aerodinámica que lo contenía en el ascenso para depositarlo en la unidad departamental del silencio y el reposo, sintió un gran cansancio. Como si una invisible, interna coraza metálica lo mantuviera ralentizado por horas y horas, incluso en la inminencia del sueño.

En el breve mundo de las imágenes de su hogar atinó a colocar las pertenencias del trayecto de un día más. Se abrió la puerta principal con un susurro magnético que indicaba a la vez una sorda bienvenida.

Caminó dando suaves tumbos hacia la recámara, allí donde desde una iluminación difusa se daba secuencia a un paisaje distante, detrás de plantas exuberantes y de una ciudad de infinitas estrellas fijas.

Se despojó del traje y lentamente se dejó caer sobre la cama, en ese fragmento donde, muy cerca, ella respiraba. Cerró los ojos como quien clausuraba una escena fantástica para encontrarse sumido en un mar de recuerdos.

Volvería a una de sus vidas pasadas como quien decidía abandonarse a una sucesión de instantáneas en la inmensidad de la noche eterna. ■